



BIBLIOTECA
MUNICIPAL

MADRID

ECONOMIA PÚBLICA.

FOMENTO DE LA MARINA NACIONAL.

CONSTRUCCION DE BUQUES PROPIOS.

Madrid 20 de Junio de 1832.

Mi apreciable amigo: recibí y lei, con sumo gusto, la carta de nuestro amigo F., y sus ligeras, pero justas observaciones sobre el cultivo de la caña dulce en la provincia de Málaga, fabricacion de los azúcares en los ingenios y trapiches de la misma, y su patriótico pensamiento de aclimatar en su benigno suelo el higo seco de Smirna. Se la remito á V. ya impresa en el periódico *Cartas Españolas*, que se publica en esta capital, destiñado á anunciar respetuosamente todas aquellas verdades útiles, que mas puedan interesar á la prosperidad de los estados.

En cambio de su delicada atencion, transmitiré á V. el resultado de una conversacion, que oí antes de anoche, en casa de nuestro compañero Z. donde concurren algunos amigos muy instruidos y de buen gusto. No podré transmitir fielmente todos los pormenores de ella, porque fue larga, muy empeñada, y erudita de una parte, y de otra; y mi memoria cansada, no es ya tan feliz, como lo fue; si bien observo, que se verifica en mí, lo que dijo el ginebrino *Carlos Bonnet*, hablando de esta facultad de nuestro entendimiento, que lo que he perdido en ella, lo ha ganado mi juicio. No repetiré palabras; pero indicaré las ideas: no cansaré á V. con citas; pero le manifestaré los hechos; finalmente, no anunciaré vanamente doctrinas, ni aislados principios: las estableceré y desenvolveré, y V. hará luego las deduciones que quiera.

El objeto de la conversacion fue la decadencia de nuestra cons-

truccion naval, sus causas, y los medios de restablecerla y fomentarla. Ya ve V. cuán importante y curiosa es la materia. Los interlocutores, de cuyas ideas me propongo ser un mero órgano de comunicacion, fueron, un rico comerciante de esta corte de creacion moderna, que puede tal vez tener el gusto del siglo; y otro de su misma profesion cansado de años y lleno de experiencia, que tambien podra ser lo que el siglo llama *rutina, viejas prácticas, absurdas preocupaciones*: llamaré á éste don *Agapito*, y don *Calisto* al primero: no quisiera que se descubriesen sus nombres bautismales.

Don Agapito. Confieso á vmds. que me repugnan muchas de las cosas de estos tiempos: vmds. me conocen y saben, que no soy uno de aquellos viejos regañones y de mal genio á quienes nada gusta, sino lo que vieron hacer á sus padres, y selló la experiencia y la observacion de las generaciones pasadas, que no siempre caminaron á ciegas, como lo quiere nuestra presuncion. Conozco, que todas las cosas tienen sus principios, sus progresos y perfeccion; y que asi como el hombre maduro sabe mas, y piensa mas y combina mejor, que no un muchacho que se educa, y un jóven que acaba sus cursos académicos y entra en el mundo, donde debe ver practicadas las verdades que ha aprendido de un modo abstracto y general; del mismo modo, el mundo *nuevo*, que es el mundo *viejo*, con mas años y experiencia, debe naturalmente saber mas que éste, y con mucha mas filosofía. Sabe lo que el mundo viejo conoció: acumula á éstos conocimientos los que despues se han adquirido, rectificado, ó perfeccionado. Yo me admiro de los progresos que ha hecho la razon humana, por espacio de un siglo en las ciencias exactas, y en las de hecho y aplicacion; y del alto vuelo, que bajo sus auspicios, han tomado la industria y el comercio.

No temo ya, pues, que vmds. desprecien mis observaciones, por que salen de la boca de un viejo que cuenta ya cerca de un siglo, y que puede haberse formado por muy malos modelos: ni soy un adorador de los usos de mis mayores, ni tampoco un idólatra ciego de mi edad, donde si encuentro mas luces y mejor gusto, tambien hallo mucha vanidad, y aun muchos errores, que suele llamar axiomas, verdades geométricas, que no necesitan de demostracion.

Allá, por ejemplo, en mis mas preciosos y olvidados años era comun, aunque no se enseñaba magistralmente en las escuelas, una cierta *economía política*, que entraba por los ojos, y que no necesitaba para aprenderse de ese inmenso tratado de la riqueza de las naciones, ni de las análisis lógicas y severas de *Say, Sismondi, Ri-*

cardo y otros muchos, que se llaman sus fieles discípulos y comentadores. Reduciáse á media docena de verdades prácticas, que no conocen hoy mas estos célebres economistas.

“ Debemos hacer en nuestra casa lo que necesitamos y podemos comodamente hacer, porque tenemos las primeras materias que la industria exige; y una industria, que si hoy no es perfecta, podrá y deberá serlo mañana: la independendencia económica del extranjero, favorece nuestro trabajo propio, emplea nuestros capitales, crea rentas en el Estado, extendiendo la producción; se distribuyen entre las clases productivas, aseguran su subsistencia y aumentan la población; no aquella, que naciendo para morir, no vive sino para luchar en una larga y dolorosa agonía contra todos los horrores de la hambre y la miseria, y que es la mayor calamidad social; sino aquella otra laboriosa y bien acomodada, que es la que constituye la verdadera fuerza y prosperidad de las naciones.”

Si se le hubiese dicho á uno de aquellos viejos ignorantes y sin gusto del siglo XVIII, “tus nietos concurrirán á una escuela de una nueva economía política, donde se les enseñará que los pigmeos pueden y deben luchar con los gigantes; que los hombres débiles, y aun los niños, cuyas fuerzas corporales no se han desenvuelto, pueden y deben entrar en campo cerrado con los ya hechos y robustos, seguros de la victoria; ó lo que es lo mismo, dejando á un lado la metáfora, que debemos echar á tierra las barreras que nos separan de las demas naciones, recibir de sus manos todo lo que nos traigan con economía, y no hacer nosotros sino lo que ellos nos dejen; abandonar, por ejemplo, nuestros astilleros, olvidar nuestros conocimientos para la construcción de buques, y carbonear nuestros montes de madera de construcción, porque cuando necesitémos de aquellos, asalariados tendremos que nos los haran á nuestro gusto, y si es menester, nos los pondran á las puertas de nuestra casa.”

Asombrado, hubiera dicho, “anatema para esa especie de economía política destructora de la riqueza de los estados: ni en los siglos mas bárbaros puede haberse enseñado una doctrina tan anti-social y anti-económica como esa: el pueblo que se ha quedado atras, deberá renunciar hasta de la esperanza de ponerse á la par con los demas, y aun de su independendencia, de su Marina Real y Nacional, cuyo elemento es la Marina mercante, de la cual no se diferencia, sino en que sus movimientos son otras tantas evoluciones militares; y en este caso, á dónde iríamos.....”

Don Calisto. Preciosas son las verdades que V. acaba de sentar,

ya para ponerse á cubierto de toda reconvencion personal que pudiera hacérsele, ya para establecer la buena doctrina contra los errores de los falsos sistemas; pero me parece que concluye V. con una sátira muy venenosa contra mí; soy un comerciante-naviero que tiene hoy siete buques en el mar, todos ellos comprados del extranjero, y nacionalizados, como si fuesen obra de nuestras manos; pero, ¿y qué quiere V. que yo haga, cuando nosotros no los construimos; y si los construimos, nos salen infinitamente mas caros? El número de buques mercantes de construccion española y extranjera en la provincia de Galicia nos revela, que los 17 de la extranjera, son de una cabida de 2.561 toneladas, y su precio, segun las escrituras de adquisicion, es de 1.658.052 reales, que divididos por el número de toneladas, dan un cociente de 647 reales por tonelada: los buques de construccion española, sin entrar en cuenta las pinazas y lanchas, son 29, y sus toneladas, ascienden á 1.590; su valor 1.352.000 reales, que divididos por el número de toneladas, dan un cociente de 850 reales por cada una; es decir, vale 203 reales mas, que la extranjera.

Aunque en Cádiz, Málaga, Cartagena y Barcelona, se quisiese construir buques mercantes, lo que no es posible, mientras que no desaparezca esta diferencia, no lo harian, porque tienen dentro de la nacion un formidable enemigo, que combatir, y no hay armas para combatirlo. ¿Por qué no se construyen en el Ferrol, que es acaso el punto mas adecuado para ello, entre todos los litorales del Norte de España, sino porque en las Provincias Vascongadas se introducen á la sombra de eso que se llama, *régimen foral*, todos los efectos extranjeros de que carecen para la construccion, sacrificando asi á las demas provincias realengas?

Yo bien se lo que V. pudiera contestarme, y prevengo su observacion. Se permite la adquisicion de buques contruidos en el extranjero con el 1 por 100 de derechos; las primeras materias que nos son tan necesarias para la nuestra pagan crecidos derechos de entrada, y grandes tambien de consumo: modérense éstos, caso de permitirse la adquisicion de buques extranjeros, ó sea enteramente libre, y recárguese el 1 por 100, imitando el ejemplo de todas las naciones que se proponen fomentar la produccion por las dos máximas cardinales. 1.^a Aliviar de derechos las primeras materias. 2.^a Recargar los productos ya fabricados, que nos vengan del extranjero. Entonces se restableceria el nivel; y yo no iria á buscar buques á casa ajena.

Don Agapito. Yo nunca censuro á los hombres: censuro las cosas, manifestando los abusos, los errores, y siempre con la mejor voluntad: aun las que me parecen falsas y funestas doctrinas, las impugno con decencia: ¿no pudieran ser falsas las que yo profeso? y aunque fuesen evidentes, la debilidad del hombre nos impone la obligacion de ser indulgentes con él.

No pudiera tampoco censurar á V., porque en el estado presente de nuestra construccion naval, vaya al extranjero á comprar los carruages que necesita, y no encuentra en su propia casa: ni aun le censuraría, si los comprase, porque en igualdad de circunstancias con los nuestros, pudiese economizar en sus precios: esta es la ley de todo buen comerciante, y aun de todo consumidor; por eso soy tan enemigo de todas las prohibiciones indiscretas, y de todos aquellos derechos crecidos, que no tienen un objeto determinado de conveniencia pública, y que únicamente son unas derivaciones de malos sistemas, de principios erróneos, cuyo fin es satisfacer las necesidades del momento, sacrificando el porvenir. Aunque viejo, no participo, en esta parte, de las preocupaciones de mis padres: no quiero mas restricciones, que las que aconsejarse el estímulo y fomento de nuestra industria, y de nuestra agricultura y comercio: disculpo á los que, no pudiendo satisfacer sus gustos y necesidades, con los productos del trabajo propio, acuden al del extranjero para obtener los mejores y mas baratos; pero por esto ¿no podré levantar mi voz para que el que puede corregir estos males, los corrija, y nos dé la independenciam á que aspiran todas las naciones, y la riqueza que la produce?

V. dice, y dice muy bien, "que son preciosos los principios que yo establezco de la economía de aquellos antiguos tiempos, donde no se conocia la que se ostenta hoy, con tanta pompa, y se enseña en las academias:" pues bien: deberá V. convenir conmigo, en que es un error muy lastimoso permitir el que V. y otros de su clase puedan casi libremente comprar buques de construccion extranjera, nacionalizarlos, y llevarlos á que el extranjero los carene; haciendo inútiles nuestras primeras materias, asalariando una industria extraña, cortando los brazos de tantos operarios útiles, como han vivido de este trabajo, obligándolos á emigrar, y trayendo unos buques mas costosos, aunque mas económicos en aparienciam, porque no son de una vida tan larga como los nuestros.

Don Calisto. No me acuerdo de la época de esa prosperidad de que tanto se lamenta V., ni me parece exacto el que nosotros, aun-

que sobrados de primeras materias, hayamos conocido los modos de prepararlas, trabajarlas, y hacerlas tan útiles para la construcción naval, como el extranjero: no es lo mismo poseer los elementos de una industria, que ejercerla con perfección. Aun después de acometer ésta, ¡cuántos años no corren; qué gastos no son precisos; qué obstáculos no hay que vencer, y qué perseverancia no es necesaria, cuando no lo sean también grandes sacrificios para ponerla al nivel de la extranjera! Quiero suponer más: que hayamos sido los maestros de la construcción naval en Europa, como me acuerdo haberlo leído en alguna parte; pero los tiempos son ya otros: la abandonamos, ó tuvimos que abandonarla: el extranjero nos reemplazó: la ejerce con perfección y economía: olvidamos nuestros conocimientos: se cegó el camino por donde habíamos andado: retrocedimos al punto de nuestra partida; y si hoy queremos volver á él, es menester abrirlo y despejarlo, y comenzar por pequeños é imperfectos ensayos. ¿Y puede sufrirlos nuestro comercio? ¿juzga V., que serán útiles estos sacrificios?

Don Agapito. Sí por cierto, porque no es verdad todo lo que V. acaba de decir. Yo le demostraré, que somos llamados á esta industria; que no hemos olvidado los conocimientos que presupone; que sabemos ejecutar sus trabajos, y que poseemos todos sus elementos; le indicaré las verdaderas causas de su decadencia; y entonces verá, que no es necesario abrir ese antiguo camino hoy obstruido por entre montañas y riscos; que el camino está abierto, y es camino real y de arrecife; pero muy poco frecuentado. Son ya las once y media de la noche, y no puedo ser breve en la materia: mañana sacrificaremos una hora de nuestro tresillo, y la emplearemos en ella: nunca será perdido el tiempo que será para nuestra instrucción; y ¡quién sabe, si algún día las ideas expuestas aquí entre cuatro paredes, y en la estrechez de la amistad, no vendrán á hacerse públicas, y á llamar la atención del honrado y patriota Ministro del ramo de Marina, que con tanto celo promueve y fomenta los intereses de su patria!

Aquí llegamos, y nos despedimos hasta el siguiente día, que deseo con ansia llegue, porque la materia es amena: hay mucha tela cortada, y nuestro don Agapito es hombre que lo entiende, y tiene además mucho juicio. Yo tendré cuidado de transmitírsela á V. con la misma fidelidad, que le he transmitido esta primera; y en tanto se repite suyo afectísimo Q. S. M. B.

Manuel María Gutierrez.

ARTES DE IMITACION.

Necesidad de su estudio metódico.

CARTA IV.

Señor Editor de las *Cartas Españolas*: Amigo mio: entre las artes de imitacion debemos contar, como se ha hecho siempre, á la música; porque si bien está demasiado sujeta á los caprichos de la moda y á las extravagancias del mal gusto, conserva sin embargo la propiedad imitativa, que es el aspecto bajo el cual debemos considerarla.

Bien sabe V. que para profesar el arte de la música no basta tener imaginacion y oído, si estas facultades no van dirigidas por el buen gusto y el profundo conocimiento de las leyes de la armonía; así como todo será insuficiente para conmover el ánimo como el artista carezca de sensibilidad y filosofía. Estas bases, comunes á todas las artes de imitacion, confirman el principio de que para sobresalir en ellas es indispensable que naturaleza y arte caminen siempre unidas. Veamos si esta union es tambien necesaria en la música.

Los sonidos son el fundamento de ese arte encantador: estos sonidos, que de mil maneras diversas nos hace perceptibles así la naturaleza animada como la inanimada, ofrecen no pocas veces ya juntos ó separados, efectos melodiosos y armónicos que conducen al artista á un cúmulo inmenso de combinaciones variadas y profundas con las cuales á un mismo tiempo puede deleitar el oído y conmover el alma, ó tener uno de estos dos objetos por separado.

Considerada la música bajo cualquier aspecto, esto es, ya puramente como recreo de un sentido ya como lenguaje de nuestras pasiones y sentimientos, es indudable que sin embargo de suministrar la naturaleza los sonidos de que ha de valerse el artista, necesita éste elegir los mas convenientes al fin que se propone. Ya pues, hallamos necesario en este arte el principio de la eleccion, sin el

cual no puede asegurarse el acierto, lo mismo que sucede en todas las demas. Diráse á esto que cuando la música no es imitativa, esto es, cuando no se refiere á los afectos del alma ni aun á pintar efectos de la naturaleza inanimada, puede entonces seguir libremente el vuelo de la fantasía y no obedecer otras leyes que las del capricho. Efectivamente, en semejantes casos no hay otra cosa que pura combinacion de sonidos con mayor ó menor grado de ingenio. Pero esta combinacion ¿no reconoce el dominio de las reglas del arte? ¿Es acaso la armonía resultado de la casualidad? En suma ¿se ha de reducir una composicion de capricho á un acinamiento de sonidos sin congruencia, sin órden, cuya confusion ofenda al oido en lugar de lisonjearle? De ninguna manera. El arte prescribe que el músico se proponga un tema; que de éste provengan sus variaciones, y que la melodía de los tonos concorra á formar un todo armónico con un carácter y estilo adecuados al tema propuesto. Una sonata es lo mismo que una composicion poética. Necesita de un asunto, un motivo real ó fantástico, el cual no debe jamas perderse de vista: el poeta que se extraviase, olvidando el asunto que se habia propuesto, seria un loco; el músico que se desviase del motivo de su composicion no seria tenido por menos demente.

Esta ligera indicacion basta ya, amigo mio, para probar lo necesario que es el arte aun en los simples juguetes de capricho. Pero donde se manifiesta mas de lleno su ministerio, donde despliega el artista todos los recursos del genio y arte unidos, es en las composiciones líricas ó melodramáticas que por excelencia llaman los italianos óperas. En ellas todo es imaginacion y todo es arte. El cuadro que el poeta presenta al músico es un campo vastísimo de sensaciones y de inspiraciones que pueden ser sublimes si el poeta ha sabido pintar las pasiones y el músico sentirlas, si el primero ha sabido elegir las palabras y el segundo los tonos á que debe acomodarlas; porque en la música la melodía, la cantidad y el tiempo forman la prosodia de la lengua, y por consiguiente dan valor al sentimiento. Pero todos los rasgos característicos de las pasiones pueden presentarse á la fantasía del músico tal vez con mas libertad de la que permiten las leyes de la armonía, es decir que se ve muchas veces precisado á sujetar el vuelo de su imaginacion para que ésta no traspase los límites razonables que le prescribe el arte. Tal podrá ser la naturaleza de los motivos que haya combinado, que un tono sobre-agudo, ú otro grave, perjudiquen á la armonía aunque sean propios de la situacion que se finge. Hacer que la voz ó un ins-

trumento dé con sus sonidos expresion propia al sentimiento, con sencillez y sin ofender á la armonía, es el colmo del arte. Mas no consiste en esto solo la dificultad; falta considerar que la composicion música, lo mismo que la poética de un espectáculo lírico, es un poema, cuyas partes han de tener relacion con el todo, que todas han de salir del fondo mismo del asunto por ser éste el motivo principal; que los motivos episódicos han de participar del carácter general de la composicion, y que ha de haber en todas, y cada una de las partes de ésta, un estilo acomodado á la importancia del objeto. La sinfonía, ó sea el exordio, que ha de participar del carácter de la ópera, no llenará su objeto si vemos en ella una rapsodia de la ópera misma, un cuerpo sin trabazon en sus miembros, un conjunto de sonidos que nada dicen al sentimiento ni á la razon. Cuando se hayan llenado las condiciones del arte, cuando ya parezca que ha llegado el momento de dar la última mano á la obra, nuestras sensaciones exigen del compositor que no eche en olvido el buen gusto, y sobre todo la variedad, que es el sustentáculo de una composicion melodramática.

Si V., amigo mio, me concede la certeza de las máximas que acabo de establecer habrá de convenir tambien en una consecuencia forzosa que naturalmente se deduce de ellas; á saber, que el arte verdadero, el que dirige las facultades del artista y le franquea el camino de la bella imitacion de la naturaleza, ese arte, repito, apenas se hecha de ver en la generalidad de las óperas. Blasfemia es ésta que no todos los filarmónicos me perdonarán; pero si escuchan á sangre fria las causas en que pretendo apoyarme, tal vez convendrán conmigo en el fondo de la cuestion.

Aunque no tenemos idea exacta de la altura á que llegó la música en los tiempos de la remota antigüedad, podemos sin embargo inferir que era sumamente sencilla, y que en ella se compensaba la falta de riqueza armónica con tonos enérgicos, vehementes y expresivos, mas susceptibles de conmover el ánimo que de lisonjear al oido. No se lo que habrá de cierto acerca de los tres tan decantados modos Frigio, Dórico y Lidio; pero de los hiperbólicos encarecimientos que de ellos nos han transmitido los antiguos debemos inferir, cuando menos, que la música de aquel tiempo, si no era tan armoniosa como la nuestra, era mas expresiva y apta para abrirse paso hasta el corazon de los oyentes, por la sencilla razon de que seguia mas de cerca á la naturaleza.

Desde la introduccion de las óperas, á principios del siglo XVII,

trataron los modernos de conciliar la expresion de las pasiones con la riqueza de la armonía tanto en la parte vocal como en la instrumental. Este pensamiento no podia ser mas alhagüño, y bastó para que los maestros diesen mayor profundidad y armonía á sus combinaciones, al propio tiempo que se iban inventando nuevos instrumentos que aumentaban el efecto, haciendo la orquesta mas imponente y estrepitosa. Como á medida de este incremento de armonía el oido adquiriese nuevos grados de placer, y como para deleitar los sentidos no es menester apelar á las emociones del corazon, resultó que la música, debiendo ser un órgano del sentimiento quedó reducida á lisonjera de un sentido. Entonces la ignorancia, que tan propensos hace á los hombres á concretar todos sus goces á los de los sentidos, hizo sacrificar á un puro deleite material la filosofía del arte de imitar la naturaleza por medio de los sonidos. De aquí la versatilidad del gusto en la música por el exceso de variedad que apetecen los sentidos; de aquí el tributar á éstos el homenaje que era debido á la razon, y de aquí finalmente considerar la música como artículo de moda, calificando de mala la que es antigua, y haciendo consistir su mérito en la fecha, como si la exactitud de la imitacion variase en razon del tiempo en que se hizo, ó como si la naturaleza envejeciese á la manera de los séres que produce. ¡ Bueno fuera que los cuadros de Ticiano perdiesen todo su mérito por haber transcurrido dos siglos y medio desde que los pintó su autor!

Esto es precisamente lo que sucede en la música en contraposicion de la pintura, en la que la antigüedad de sus obras lejos de perjudicarlas les da cierto grado de recomendacion. Y en este caso ¿deberemos culpar á los profesores ó al público? Por mí sé decir que mejor culparia al segundo que á los primeros. La tiranía que aquel ejerce sobre todos los artistas, sus extravagancias, sus caprichos, su mal gusto, su inconstancia, son otras tantas leyes que sirven para abatir al genio y encumbrar al charlatanismo.

Yo no diré que en algunas de nuestras óperas falte aquel arte filosófico, móvil de las sublimes conmociones del alma, pero sí digo que no en todas se echa de ver, y á decir verdad importa poco ese requisito á la mayoría de nuestros entonados filarmónicos. Haya combinaciones de simple mecanismo, alaguen el oido y la generalidad estará satisfecha: ni piden mas, ni la multitud puede estar jamas en estado de pedir otra cosa. De aquí inferirá V. que si en todas materias el alma es juez supremo de nuestras sensaciones, en la música sucede todo lo contrario, tratándose de la multitud.

Entretanto los mismos profesores de música divididos en bandos en cuanto al gusto y estilo, y mas particularmente con referencia al canto, se critican, se muerden, se despedazan unos á otros, y buscando la incógnita nunca consiguen despejarla. ¿Y la naturaleza? y el arte? y la bella imitacion? Cada cual alega un método particular, y allí y no en otro asegura que se encuentra todo reunido. Al mismo tiempo el público que de buena fé cree haber encontrado en éste ó aquel profesor la verdadera manera de pintar la naturaleza por medio de los sonidos, se halla con que en aquellas mismas personas se censura con encono lo que antes se habia elogiado con entusiasmo. ¿Y qué prueba esto? Inestabilidad de principios, máximas falsas, incertidumbre en el gusto, falta, en fin, de arte filosófico, y sobra de arte mecánico. La verdadera imitacion de la naturaleza desaparece bajo la muchedumbre de caprichos, de fantasías y de motivos armoniosos, como la belleza de Venus quedaria ofuscada con los afeites de una ramera.

No faltará quien diga que el alambicamiento del arte es causa de los extravíos de la música imitativa, y que la sujecion que imponen los preceptos influye en que se noten mas combinaciones de ingenio que inspiraciones de imaginacion. A esto no responderé mas que lo que ya he dicho hablando de otras artes imitativas; y añadiré que si los principios de un arte son viciosos ó falsos, esto es, si no caminan de acuerdo con el corazon humano, el mal estará en adoptarlos como seguros; pero siempre que aquellos no reconozcan por origen el capricho sino la razon y la naturaleza, obtendrán por resultado la bella imitacion de ésta.

No seria empresa muy árdua demostrar, que asi como un arte razonable y filosófico, podria hacer mas imitativa la música, (hablo respecto de las óperas) asi tambien la separa de su objeto un arte falso, un arte fundado mas bien en una viciosa manera acomodada á los caprichos de la moda, que sujeta al yugo saludable de la verdad. Obsérvese la marcha usual de las óperas y se hallará fundada mi asercion. Aun sin fijarse en otra cosa que en el sacrificio que los maestros de música obligan á hacer á los poetas de todo lo que es y debe entenderse por poesía de imitacion, puede hacerse evidente que los primeros quieren palabras y no cosas, situaciones y no pasion filosóficamente pintada. Palabras, frases, locuciones hay que estan perpetuamente de servicio, no por necesidad, sino por costumbre y conveniencia del músico. ¿Y qué se dirá de ese orden invariable metódico y alternado que se advierte en el tránsito del aria

al recitado de éste al duo, &c.? Concluye el recitado, y mientras la orquesta descarga un nublado de ritornelos y caprichos, que por fuerza han de preceder al aria, está el pobre cantor dando paseos por la escena, proporcionando con las ropas alguna ocupacion á las manos, á manera de aquel que refrena la cólera mientras hace intencion para arremeter á su contrario. ¿Y cuántas veces sus esfuerzos, su habilidad, su fuego quedan neutralizados por cuarenta ó cincuenta instrumentos que repentinamente y con infernal estrépito se conjuran contra él para hacer nula la expresion de los afectos? Sin embargo, la muchedumbre aplaude, y Dios sabe por qué aplaude.

Volviendo de esta digresion á mi primer propósito hallo confirmada por todos lados la necesidad del estudio metódico del arte, si éste se funda en buenos principios. Yo no sé si los de la música moderna pueden llamarse tales cuando se trata en ella de la imitacion de la verdad; pero temo con algun fundamento que si volviesen al mundo, Mozart, Haydn, Lully, Pergolesi, Cimarosa, y otros muchos célebres profesores, se armaria tal quimera entre antiguos y modernos, tan semejante á las que ha habido toda la vida entre autores contemporáneos, que sin duda alguna habriamos de dar á todos la razon sin concederla á ninguno en particular.

Basta por hoy. Desmenuzar mas esta materia seria envolvernos en cuestiones dilatadas incompatibles con la brevedad de una Carta. Si la necesidad me obligase á ello tal vez desenvolveria algunas ideas que no á todos parecerian admisibles.

Entretanto queda de V. como siempre afectísimo Q. B. S. M.

J. de la R.



BOLETIN.

COSTUMBRES.

EL PRADO.

«Irás al *prado* Leonor
en cuya grata espesura
toda divina hermosura
rinde tributo al amor.
¡Cuantos mirándote allí
aumentarán sus desvelos!
no quieran, Leonor, los cielos
que te los causen á tí.»

Comedia antigua.

«Hacia la parte oriental (de Madrid) luego en saliendo de las casas sobre
» una altura que se hace, hay un suntuosísimo monesterio de frailes Hiero-
» nimos con aposentamientos y cuartos para recibimiento y hospedería de
» Reyes: con una hermosísima y muy grande huerta. Entre las casas y este
» monesterio hay á la mano izquierda en saliendo del pueblo, una grande y
» hermosísima alameda; puestos los álamos en tres órdenes que hacen dos
» calles muy anchas y muy largas con cuatro ó seis fuentes hermosísimas y
» de lindísima agua, á trechos puestas por la una calle, y por la otra mu-
» chos rosales entretnejidos á los pies de los árboles por toda la carrera. Aquí
» en esta alameda hay un estanque de agua que ayuda mucho á la grande
» hermosura y recreacion de la alameda. A la otra mano derecha del mismo
» monesterio, saliendo de las casas, hay otra alameda tambien muy apaci-
» ble, con dos órdenes de árboles que hacen una calle muy larga hasta salir
» al camino que llaman de Atocha. Tiene esta alameda sus regueros de agua,
» y en gran parte se va arrimando por la una mano á unas huertas. Llaman
» á estas alamedas *el prado de San Hieronimo* donde de invierno al sol, y
» de verano á gozar de la frescura, es cosa muy de ver, y de mucha recrea-
» cion la multitud de gente que sale de bizarrísimas damas de bien dispues-
» tós caballeros y de muchos señores y señoras principales en coches y car-
» rozas. Aqui se goza con gran deleite y gusto de la frescura del viento todas
» las tardes y noches del estío, y de muchas buenas músicas, sin daños, per-
» juicios ni deshonestidades por el buen cuidado y diligencia de los alcaldes
» de la corte.»

He aquí una pintura del Prado de Madrid hecha en el siglo XVI y consignada en un librote *nuevo* de puro *viejo*, que como varias personas no tiene otra recomendación que los muchos años que sobre sí cuenta. ¿Qué diría el autor (*Maestro Pedro de Medina*) si levantara la cabeza y fuérale permitido dar ahora un paseo desde la puerta de Recoletos hasta el convento de Atocha? Diría ¡que había de decir! que el mundo se rejuvenece como cabeza de setentona con los específicos del doctor Oñez, y que lo que ayer era blanco, suele aparecer prieto al siguiente día. Por lo demás, si tales alabanzas prodigaba al Prado, cuando lo desigual é inculto de su inmenso término, lo espeso de sus matorrales, la obscuridad de sus revueltas, el in-mundo arroyo que corría por toda su extensión y demás circunstancias que le afeaban, hacía olvidar tal cual trozo mas ó menos bello que de trecho en trecho pudiera amenizarle: ¿qué diría, vuelvo á repetir, si le atravesase hoy en toda su extensión de cerca de media legua, marchando siempre por una superficie plana y sólida, diestramente compartida en magníficas calles de árboles, cuyas ramas se entrelazan formando una bóveda encantadora? ¿Qué al contemplar en toda su extensión ocho primorosas fuentes, entre ellas las de la Alcachofa, Neptuno, Apolo y Cibele, cuya excelente ejecución honra la memoria de los artistas españoles? ¿qué del encantado Jardín Botánico, de la elegante perspectiva del Museo, del gracioso peristilo de la Real Platería, de las magníficas calles que desembocan en el paseo, y de tantos objetos en fin como constituyen su actual hermosura?

Verdad es que en aquellos siglos de valor y de galantería el amor embellecía, como en éstos, los sitios mas ásperos y escabrosos, pues aunque el festivo Lope de Vega en un momento de mal humor se dejó decir

“Los prados en que pasean
son y serán celebrados;
bien haceis en hacer prados
pues hay bien para que sean.”

Él mismo, Tirso de Molina, Calderon, Moreto, y demás poetas de su tiempo se esmeraron en encomiarle á porfía con las descripciones mas interesantes y románticas. Así que el Prado desde aquel tiempo ha seguido ocupando un lugar privilegiado en las comedias y novelas.

¿Quién no tiene en la memoria aquellas escenas interesantes, aquellas damas tapadas que á hurtadillas de sus padres y hermanos venían á este sitio al acecho de cual ó cual galán perdedizo, ó bien que se le encontraban sin buscarle! ¿quien no cree ver á éstos, tan valientes, tan pundonorosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival! ¡aquellas criadas malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarrones en fin, que el actor Cubanos representa tan al vivo en el teatro! ¿Que es el escuchar en estas ingeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo) aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa, que no solo estaba en la mente de los autores, pues que el público la aplaudía y ensalzaba como pintura fiel de la sociedad y espejo de sus

acciones! ¡Que gratas memorias no deberian acompañar á este Prado que todos los poetas se apropiaban como suyo! Pero al mismo tiempo que de venganzas, que de intrigas, que de traiciones no cubrieron tambien su suelo! Con efecto, su fragosidad, las circunstancias políticas y la inmediatecion á la corte del Retiro llegaron á darle en los últimos reinados de la casa de Austria una celebridad casi funesta.

Por fortuna, en el estado actual de nuestras costumbres el Prado solo ha conservado la parte galante. Las damas, no ya encubiertas, sino ostentando todo el encanto de sus singulares atractivos vienen periódicamente todas las tardes á este delicioso sitio, seguras de hallar en él al galán ó galanes objeto ú objetos de sus suspiros; la reunion de la parte mas visible del pueblo, y la franqueza que da la costumbre de verse en él, hacen á este paseo la primera tertulia de Madrid. Figuremos verle una de las apacibles tardes del verano, cuando ya pasada la hora de la siesta, regado durante ella, y refrescado ademas con las exhalaciones de los árboles y las fuentes, empieza á ser el punto de reunion general. Sea en aquel momento en que la multitud abandonando las calles estrechas del lado de San Fermin, y las del paseo de Atocha, las del Jardin Botánico y las del paseo de Recoletos, viene á refluir en el gran *Salon* centro de todo el Prado. Situémonos para el efecto de la perspectiva en la entrada de dicho salon por delante de la Fuente de Neptuno; á la derecha tendremos la calle destinada á los coches que corre á lo largo de todo el paseo. Mirarémosla henchida de carruages de todas formas, de todos tiempos y de todos gustos que desfilan en vuelta pausadamente, dejando en el medio espacio para los coches de los Monarcas y Principes á cuyo paso todos páran y saludan con respeto. Esta parte del paseo tiene un carácter de originalidad peculiar del pais y de la época, y que revela la confusa mezcla de nuestras costumbres antiguas con las imitadas de los paises extranjeros; v. g. detras de un elegante *tilbury*, que Londres ó Bruselas produjo y que rige su mismo dueño desde un elevado asiento, conduciendo pacíficamente al lacayo sentado una cuarta mas bajo, viene arrastrando con dificultad un cajon semi-oval, y verdi-negro á quien el maestro Medina podria muy bien llamar *carroza* en el siglo XVI y en el XIX llamamos *Simon*, verdadero anacronismo ambulante; síguete en pos linda carretela abierta, charolada y refulgente, con sendas armaduras en los costados y letras doradas en el pescante; hermosas damas elegantemente ataviadas á la francesa con sombreros y plumas ocupan el centro; el cochero de gran librea, obliga con pena á los briosos caballos á seguir el paso del furgon que va delante, y dobles lacayos con bellos uniformes bandos y plumeros coronan aquella brillante máquina. Inmediato á ella sigue un coche cerrado, conducido por pacientes mulas que duermen al paso, permitiendo tambien gozar de las dulzuras de Morfeo al cochero, al lacayo y al señor mayor que va adentro: no lejos de él pasa el modesto bombé que la bondad marital de un médico dispensó aquella tarde á su esposa; ni falta tampoco almagrado y extraño coche de camino con grandes faroles y ataviado á la calesera, ni berlina redonda con soberbios caballos andaluces que comprometen la pública prosopopeya; por último unos de grado y otros-

por fuerza todos se sujetan al carril trazado desde la entrada del paseo por la fuente de Cibeles, hasta la puerta de Atocha, y en el mismo, aunque por entre las filas de coches, lucen su gallardía los elegantes ginetes, quienes solos, quiénes acompañados de damas que ostentan su bizarría dominando un fogoso alazan.

Inmediato á este paseo mírase una estrecha calle que formaría parte del salón principal solo interrumpido por la fila de bancos de piedra, si el buen tono no hubiera hecho en ella una division mas sensible. Como los carruages van despacio, y los elegantes que no tienen coche tomarian muy á mal el ser confundidos con la multitud, eligieron este pequeño recinto como el punto mas á propósito para conservar cierta correspondencia con la sublime sociedad que se pasea sentada, y aún á despecho del olor ingrato de las mulas y caballos, y del polvo que ellos y los carruages levantan, todo lo mas notable del paseo se *extracta* aqui no sin graves apreturas, encuentros, distracciones, empujones y contorsiones; cierran con los bancos este recinto, multitud de sillas ocupadas todas mediante el modesto rédito de ocho maravedís, que es al poco mas ó menos el valor del capital. La extension del paseo proporciona la ventaja de volverse á encontrar varias veces durante la tarde, con un período ni tan corto que fatigue, ni tan largo que enoje ó haga olvidar.

¡Que campo tan fecundo para el observador! Sentado en una silla, cruzados los pies sobre otra, los anteojos sobre la nariz y el baston bajo la barba, si se inclina al lado de las fuentes en la parte principal del salón, mira desfilar delante de él la inmensa multitud; por poca que sea su penetracion muy luego descubre las intriguillas amorosas, sorprende las furtivas miradas de las niñas, las sonrisas de inteligencia de los mozos; marca los saludos expresivos; nota en los semblantes de las madres los diversos síntomas, de la vanidad, del cariño maternal, ó del desprecio; tiembla al contemplar la imprudente seguridad del padre, que entretenido por el travieso niño, se distrae con él mientras que su hermanita acaba de recibir un billete que un apuesto mancebo resbala en su mano; sorprende las expresiones de doble sentido y las que se dicen al paso y mirando á otro lado, está en antecedentes respecto al juego de pañuelos y al lenguaje del abanico, y nada en fin se escapa á su vista penetrante y escudriñadora.

Si girando sobre su silla (con cuidado por supuesto para que no se destruya tan débil máquina con notable desman del caballero contemplativo) vuelve la vista al estrecho y elegante recinto, advierte la misma escena aunque mas mímicamente representada: mira á los elegantes rigoristas afectando en su trage, en sus modales y en su habla las costumbres extranjeras; obsérvalos andar tortuosamente y sin direccion fija, ora arrimándose á los coches para ver pasar uno y recibir la grata sonrisa de alguna hermosa dama, ora volviendo rápidamente cerca de los bancos para asistir al paso de otra con quien aparece cierta inteligencia; hablar alto, formar corro, acompañar entre sí un momento á éstas y dejarlas rápidamente para dar media vuelta en sentido inverso siguiendo á otras. Todas estas y mas mudanzas habian hecho una tarde el caballero Don-Tal y el caballero.

Don-Cual, sugetos ambos cuya fama se extiende desde la Puerta del Sol hasta la Red de S. Luis, desde el salon del Prado hasta el teatro del Príncipe: miran pasar un elegante landaw, corren precipitadamente á situarse en parage conveniente mientras que una hermosa jóven baja acompañada de un caballero de edad; síguenla de cerca, y entablan en *francés* el diálogo siguiente:

— *Ce mari, mon cher, est un homme bien original..... toujours auprès de sa femme. — Cela t'étonne?... Un chevalier du quinzième siècle. — Époux d'une élégante du dix neuvième. — ¿Que veux tu, mon cher, ces vieux maris dissent que le coeur ne vieillit pas. — Oui.... et leurs petites femmes.... hein? (con sonrisa irónica). — Chut, mon cher, notre homme peut nous entendre. — Bah! Tu oublies que de son temps on n'apprenait en Espagne que notre pauvre langue! Car, j'conviens, nos ayeux etaient des sottés gens! — Cependant, malgré nos avantages modernes, Madame fait la cruelle.... Elle ne te regarde pas, mon cher!.... — Elle m'adore cependant, car elle rit toujours lors qu'elle me voit..... oui, mon cher, elle rit. — Bravo, mon cher, bravo; c'est bon signe."*

A este punto pasó un quidan del lado de la pareja marital, y habiéndola saludado le cogió el esposo del brazo, y siguieron andando; viendo el recién venido que ambos consortes iban riendo, no pudo menos de preguntarles la causa, y el marido con suma cachaza, le dijo en voz alta: — "Amigo no puede V. figurarse lo que me voy divirtiendo con estos tontos de extranjeros que vienen detras. (*¿Comment!* dijo uno de los dos. *Tais toi* replicó el otro). Porque han pasado y repasado mil veces por delante, para ver á mi muger; vuelven, se paran y hacen en fin mas mudanzas que los danzantes que suelen ir delante de las procesiones. — Pero hable V. bajo que lo van á comprender. — ¿Qué han de comprender! Si no saben el español; nada; impunemente puedo decir que son unos majaderos. (La esposa en este momento estrechó el brazo de su marido como temiendo que ellos lo entendiesen). No tengas miedo. ¿Te parece que esos tontos se habian de ocupar en aprender el español? Nada menos que eso. En su tiempo no se aprende tal lengua. — Es que, replicó el amigo, pudieran ser españoles, y acaso me atreveria á apostarlo; pues en sus modales echo de ver mas caricatura que carácter francés. — ¿Cómo es posible que lo sean! No ve V. que no entienden lo que digo. — Ciertó que eso me hace dudar." — Durante esta conversacion, ellos haciendo los indiferentes, siguieron hablando de cosas generales, siempre en francés, sin darse por notificados del contenido diálogo.

Cerca ya de anoecer subieron en su coche los consortes y salieron del Prado. Inmediatamente corrieron casi á escape por la Carrera de san Gerónimo los dos elegantes ambigüos, siguiendo el coche; pero el cochero (á quien sin duda habian descuidado aquella tarde) no les tenia consideracion, pues sacudiendo los caballos, obligó á los de á pie á volar y sudar, hasta que convencidos de que con cuatro pies se va mas lejos, y que ellos por la bondad del cielo no podian contar mas que con dos cada uno, dieron media vuelta y regresaron al Prado, metiéndose por el medio del salon. Todo lo

observaba yo desde la fuente de Neptuno, y no siéndome indiferente averiguar el final de sus aventuras, seguilos con disimulo, y pude escuchar su conversacion. Por supuesto era en español corriente, y por los nombres que mutuamente se dieron no pude menos de conocer que eran en un todo *originales*. Hablaron largo de su aventura, rieron estrepitosamente, y despues se lamentaron de que por haber paseado *del lado de allá*, habian faltado á la cita con ciertas *chicas* que les habrian estado esperando *del lado de acá*. — “Ya ves, decia el uno, durante la fuerza de la tarde, ya conoces que seria muy *plebeyo* pasear á este lado. — Es verdad, y aunque acaso nos hubiera traído mas cuenta... — Sí, pero tú debes decirles que hasta el anochecer no nos esperen. — Cierto que ya al anochecer es distinto, porque al cabo esta es una intriguilla de *tercer orden*, y como si dijéramos de *entre sol y sombra*.” — En esto una viejecilla con dos muchachas, frescas y francas, apretaron el paso detras de ellos, y llegando boniticamente á su lado les insinuaron con mucha suavidad la punta de una alfiler en cada brazo. — “Ah! Fulanita, Zutanita, son vmds.!” — Y desde este punto y hora una conversacion jovial y animada se entabló entre los cinco, mientras subian graciosamente interpolados por la calle de Alcalá. Pasaron (sin entrar) por el elegante café de Solís; dejaron á uno y otro lado los concurridos de la Aduana, los dos Amigos, la Estrella, Buen-gusto, &c. y dieron fondo en uno de los ángulos del sombrío y emparrado patio del café de Europa, calle del Arenal, donde les dejaremos por ahora para descansar un rato

El curioso parlante.

POESIA.

LETRILLA.

La moza gallega
Que está en la posada
Subiendo maletas
Y dando cebada,
Llorosa se sienta
Encima de un arca
Por ver á su huesped
Que tiene en el alma;
Mozito espigado,
Con trenza de plata,
Que canta bonito
Y tañe guitarra.
Con lágrimas vivas
Que al suelo derrama,

Con tristes suspiros
Y quejas amargas,
Del rabioso pecho
Descubre las ansias.
*¡Mal haya quien fia
de gente que pasa!*
Pensé que estuviera
Dos meses de estancia.
Y que al cabo de ellos
Con él me llevara:
Pensé que el amor
Y fé que cantaba
Supiera rezado
Tenella y guardalla:

Pensé que eran firmes
Sus falsas palabras:

*¡Mal haya quien fia
de gente que pasa!*

Mi jubon le diera,
Mi jubon de grana,
Para que sobre él
La mano probara,
Y jugara á medias,
Perdiera ó ganara.
Hámele rasgado
Y henchido de manchas,
Y de los corchetes
El macho me falta.

*¡Mal haya quien fia
de gente que pasa!*

Hámelo parado,
Que es vergüenza amarga.

¡Ay Dios! si lo sabe

¿Qué dirá mi hermana?

Diráme que soy

Una perdularia,

Pues dí de mis prendas

La mas estimada,

Y él vá tan alegre,

Y mas que una pascua.

*¡Mal haya quien fia
de gente que pasa!*

¿Qué pude hacer mas

Que darle polainas,

Poniendo en sus puntas

Encage de Holanda,

Cocelle su carne,

Hacelle su salsa,

Encender su vela

De noche sin llama,

Y por complacelle

Soplar y matalla?

*¡Mal haya quien fia
de gente que pasa!*

Llévame contigo:

Servirte hé de gracia,

Solo por no verme

Fuera de tu alma.

En esto ya el huesped

Las cuentas remata;

El pie en el estribo

Ligero cabalga;

Y ella que le vido

Volver las espaldas,

Con mayores llantos

Que la vez pasada,

Dice, sin poder

Refrenar las ansias:

*¡Mal haya quien fia
de gente que pasa!*

TEATROS.

EL RAPTO: *Opera española en dos actos, música del maestro don Tomas Genovés.*

Cuando este jóven compositor lució su primer ensayo en la ópera de *Enrique y Clotilde*, los periódicos estuvieron de acuerdo en conceder estímulos á la produccion de un español. Aquellos antecedentes le han servido ahora; la nueva ópera en algunos pasajes ha recibido aplausos, y hubieran sido mas completos sin la torpeza de algunos de los que, encargados de dirigirlos, cometian la indiscrecion de colocarlos muy inoportunamente. No es nuestro intento criticar á los apasionados de un autor, que acuden á

una primera representación, con el objeto de sostenerla; cumplen con la amistad; su fin es laudable: pero aconsejamos á los autores, que eviten los amigos tontos, porque un tonto por amigo, sabido es que puede hacer más daño que el enemigo más encarnizado. Decimos esto, porque entre estos aplaudidores suele haberlos muy inexpertos, y su peligroso celo más de una vez compromete la obra que se proponen defender. ¿Qué tiene esto de extraño? Introducen á ciegas y á locas un palmoteo, precisamente en ocasión en que los concurrentes se sienten menos dispuestos á continuarle; la reacción es consiguiente en tal caso, y el contra-aplauso sale al encuentro. No sucede así cuando la benevolencia está indicada por parte del público; solo con llamar entonces el aplauso, se consigue que la masa expectadora le refuerze espontáneamente, y el resultado es más seguro. Así lo hemos visto realizado más de una vez en la nueva producción del señor Genovés: las tentativas de meter ruido *palmoteando* han sido favorables y *adversas*; según la circunstancia. Está visto que la *comisión de aplausos*, si bien abunda en intrepidez, carece de buen centro directivo; no hay en ella, por lo que se observa, un jefe inteligente. Esta es una plaza, como otra cualquiera; la gratitud puede hacerla lucrativa, y mientras se establece una escuela para su enseñanza, ó se publica algún tratadito sobre el modo de aplaudir y de silvar en los teatros, aconsejamos á los que aspiren á prosperar en este ramo, que tomen lecciones de la experiencia, y den un movimiento más acertado á sus bravos y palmadas. Este es un arte; y para todo se necesitan principios.

El poema de esta composición música es de lo más sublimemente detestable que puede ponerse en escena: no concebimos cómo el señor Genovés ha elegido tan mal, ejercitando su ingenio y su paciencia sobre una *parola* tan macarrónica y absurda. Las piezas de música están colocadas sin el menor discernimiento: se han desaprovechado muchas ocasiones de ingerirlas oportunamente; así es que suele hallarse un aria, colocada sin motivo perentorio, después de otra; verse dos personajes en situación crítica para un dúo, y pasarla por alto; y en fin reinar en todo el conjunto un desconcierto nocivo á los resultados musicales, al efecto teatral, y á los intereses del compositor. Por otra parte, dicho *libretto* tiene traza de un cajón de sastre, hecho á remiendos, y cosido y añadido y recortado por manos diversas, cada una á cual más inhábil y apelmazada. El murmullo desaprobador del público lo ha hecho sentir en varios pasajes mucho mejor que pudiera hacerlo el artículo de un periódico.

En la música hay centellas de genio: viveza en algunos temas, no desnudos muchos de ellos de reminiscencias; pero que hasta ahora solo indican disposiciones en el autor. No creemos sin embargo que esta nueva producción contribuya en nada al aumento de su crédito.

La ejecución ha sido cual debía ser. En todos los actores competía la inexperiencia de la escena: habían emprendido lo que aún no están en el caso de ejecutar; pero en fin, hicieron lo que supieron, y la cosa salió menos mal de lo que hubiera podido suceder. El papel del criado es el que puede decirse que obtuvo los honores de la sesión: hay en su ejecutor cierta facilidad, desembarazo, intención, y fue aplaudido.

Por lo demas creemos oportuno el que de nuevo se introduzca este género de óperas españolas, que hace algunos años obtenia aprobacion en nuestros teatros. Por de contado, todos entienden lo que se dice. Esta clase de piezas pueden tambien servir para que en ellas se desenvuelvan los talentos del pais, y los mismos compositores podran obtener mas fáciles ensayos, que si hubiesen de fundar sus tareas sobre palabras italianas, no siempre fáciles de adquirirse, y que suelen presentar luego mayores contradicciones para producirse en una composicion lírica, hecha en el riñon de España. Los cantantes de *allende* no siempre son amables ni se acomodan facilmente con los ingenios de por acá, á pesar de que no pueden quejarse de un pais en donde se les paga mejor que en otro alguno, como será muy facil demostrarlo, si nos provocan á ello.

Diremos, aunque muy de paso, para terminar, que no puede ser aprobado por el buen gusto, ni propio del porte de un público ilustrado, cierto palmoteo acompasado, que resonando de dos en dos golpes, y renovando lo que hace mucho tiempo se llaman *palmadas de moda*, se introdujo en cierto pasage de esta ópera en la primera representacion, por un corto número de individuos, que pegaron á otros el contagio, y dieron por unos momentos al espectáculo un aire tabernario. Siempre se habla (con justicia) del decoro que debe exigirse á los actores: ¿y el público, no ha de tener tambien su decoro?.....

Leemos en el Diario de Comercio, Artes y Literatura de Sevilla, del 9 de Junio de 1832, lo siguiente:

“Tenemos la satisfaccion de poder asegurar, que la señora *Enríqueta Carl* ha correspondido, con el mérito de su canto, á las esperanzas que su crédito hizo concebir á los filarmónicos de esta capital. Cuantos inteligentes y aficionados hemos oido hablar, convienen con nosotros, tanto en su brillante habilidad y hermosa voz, como en el deseo de que repitiera, aunque no fuese mas que otro par de noches, su salida á la escena, para producir en sus espectadores la satisfaccion de que en las tres precedentes los ha colmado. Nosotros la felitamos por un éxito tan consiguiente á su capacidad y facultades, y nos lisonjamos de haber prevenido al público exactamente acerca de aquellas aventajadas circunstancias, tan favorecedoras para la estimable cantatriz.”

Nosotros tenemos igual satisfaccion en poder manifestar á esta cantatriz la parte que nos tomanos en sus glorias: es cuanto puede ser; y creemos que desenvueltas sus facultades, y sus talentos artísticos, honrará la escena, por su buen gusto, su voz limpia y fuerte, su modestia y graciosa persona.

LA TROMPETA



LITERARIA.

PUBLICACIONES RECIENTES.

ADVERTENCIA. El juicio de las obras se hace por *la Redaccion*, y no se admiten los artículos ya formados; solo sí el ejemplar de la obra, que se devuelve despues de publicada. No se exige ninguna retribucion, pero *son preferidos en el turno los suscriptores á las Cartas*. Se circulan tambien los prospectos: todo segun las bases manifestadas en el número 40 de este periódico.

ROMANCIERO DE ROMANCES CABALLERESCOS É HISTÓRICOS, anteriores al siglo XVIII, que contiene los de Amor, los de la Tabla Redonda, los de Carlo-Magno y los Doce Pares, los de Bernardo del Carpio, los del Cid Campeador, de los Infantes de Lara, ordenados y recopilados por don Agustin Duran: parte primera, que forma el tomo cuarto de la coleccion de Romances. Madrid, imprenta de don Eusebio Aguado. Se vende en casa de Cuesta á 16 rs. en rústica, donde tambien se encontrarán los volúmenes anteriores.

Los pocos buenos libros que se imprimen hoy dia son para los aficionados á las letras como otros tantos Oasis encantados, que por encontrarlos el gusto mas de tarde en tarde, se fija y recrea en ellos con mas placer. El trabajo que se ha tomado el señor Duran compilando los antiguos romances, es tanto mas de agradecer, cuanto que habiendo mostrado con su pluma cuán ventajosamente puede escribir sobre los puntos críticos de nuestra literatura y el caracter de nuestros mas célebres dramáticos, ha sido preciso en él un desprendimiento generoso de amor propio, y un anhelo ardiente por las glorias del pais para entregarse á tan estéril tarea. Sin embargo trabajo tal, sino alcanza todos los honores del triunfo y la gloria brillante de un autor coronado con los vivas del público, imprime siempre en todos los que estudian la mayor gratitud, pues se encuentran á mano lo que de otro modo pediria mucho afan y no pocos desembolsos. Sabido es que nuestros antiguos romanceros, sobre su valor crecido, eran ya tan peregrinos que se corria riesgo de no alcanzarlos por ningun dinero. La obra del señor Duran era ya una necesidad para los aficionados á nuestra literatura desde que la

coleccion de Poesías Selectas, formada por un español ilustre, despertó el gusto por nuestros lindísimos romances, letrillas y poesías cortas. Es verdad que la flor mas escogida de este género era ya familiar para el público desde aquella preciosa coleccion, pero puesta en movimiento ya la curiosidad no era fácil contentarla cumplidamente sino manifestando toda la riqueza de tanto tesoro como se ocultaba en nuestras bibliotecas, y que solo eran apreciados en Inglaterra y Alemania. Asi desde la publicacion del Romancero Morisco se han aguardado con impaciencia los tomos sucesivos, habiendo no pocas personas que en oposicion á los clásicos que miran de reojo tales colecciones, hubieran querido que el señor Duran no hiciera mas que reimprimir íntegramente los antiguos Romanceros. Nosotros no participando del desden de los unos por tales composiciones y conociendo cuán impracticables serian las exigencias de los otros, damos nuestra preferencia al método que ha observado el señor Duran, y bien mirado era la verdadera senda que debió seguir para agradar y ser útil. La reimpression de todos los Romanceros hubiera causado un gasto enorme, consiguiéndose solo una repeticion fastidiosa de muchos romances idénticos, y el compilar únicamente lo mas selecto nada tendria de nuevo, no satisfaciéndose por lo mismo los deseos del público. No solo las galas de los moriscos, no solo la lozanía de los pastoriles, y no en fin solo la delicadeza y sentimiento de las romances cortos es lo que interesa hoy dia al público, sino que por razones varias lee hoy ansiosamente, y ha esperado con el mayor anhelo la edicion del Romancero Caballeresco. A la verdad, sin estar familiarizado con el *Marques de Mantua*, el *Conde Dirlos*, con GAYFEROS y con los otros romances del Romancero de Amberes, ¿cómo encontrar la fantasía todo su recreo, leyendo las inmortales páginas de Cervantes? Ello es cierto que aunque no fuese por otro fundamento, este solo bastaria para dar mucho precio á la obra del señor Duran, pero hay otras consideraciones que por distinto rumbo le ponen el colmo á su valor. Cuando los pueblos llegan á cierto punto de refinamiento social, no solo quieren conocerse, apreciarse, medir su existencia y compararse en el acto con naciones diversas, sino que subiendo de generacion en generacion, saltando de centuria en siglo, y pasando de época en época, se agitan y consumen por saber qué fueron y de dónde vinieron, no de otro modo que el hombre en su edad viril repasando los pasados años de su vida parece que siente mas placer recordando las primeras impresiones de su infancia. Este movimiento de investigacion es general hoy dia en Europa, y sin detenernos en averiguar si tal principio procede ó no de alguna lesion moral que aqueje al género humano, y que le haga estar no contento con su existencia presente, ello es cierto que cuanto aparece en el mercado literario con tal sello tiene en pos de sí la benevolencia de los lectores. Por lo mismo los que profesan aficion á nuestra literatura, los que quieren estudiar los diversos elementos que entraron en fusion para modelar el habla castellana, y los que desean tener ante la vista la graduacion animada por donde pasó el informe lenguaje rústico de los españoles, hasta verlo ya noble, elevado y sonoro, todos éstos, repetimos, saben apreciar el mérito que ha contraido el señor Duran. En este tomo

últimamente publicado, además de los romances caballerescos que contiene, hay que considerar el discurso interesante que les precede. De los diez romanceros antiguos y dos modernos de que se ha valido el señor Duran para su colección, el más precioso es el de Amberes de 1555, conteniendo los romances que más pican la curiosidad por las alusiones que sobre ellos saltan á cada paso en el Quijote. Por una predilección popular que no puede explicarse satisfactoriamente, el romance del *Marques de Mantua*, uno de los del cancionero citado, se ha conservado en España singularmente en Andalucía, reimpresso infinidad de veces tanto en Córdoba como en otras ciudades. La única diferencia que se encuentra en él, es que el asonante es agudo en *a* y no en *ae* como en el libro de Amberes: sin duda la trasmisión oral ayudó para la mayor pulidez del idioma en esta composición que tan célebre la hizo Cervantes en su capítulo del libro primero. Para apreciar más y más el mérito de aquella divina pluma cuando pinta nuestras costumbres haremos notar cierta exactitud primorosa suya, que no parece ajena de este lugar. En el capítulo arriba nombrado pone en boca de Don Quijote las dolorosas razones que Baldovinos profiere mal herido en el bosque, acordándose de su esposa, que dicen así:

¿Dónde estas, señora mía, que no te duele mi mal?	O no lo sabes, señora, ó eres falsa y desleal.
--	---

En el Cancionero de Amberes dice:

¿Dónde estas, señora mía, que no te pena mi male?	De mis pequeñas heridas <i>Compasion solias tomare.</i>
--	--

Esta variante, apoyada en favor del Quijote por la tradición oral y por las infinitas reimpresiones hechas en Andalucía de este romance, prueba que nuestro Cervantes consultó para su inmortal libro, no lo que vio escrito en su tiempo, sino las escenas que pasaban por ante sus ojos, y que después reflejándose tan mágicamente en su fantasía, tomaban mayor vida y colorido que el natural, retratadas por aquella pluma sin par ni compañera. Volviendo al Romancero que anunciamos añadiremos que el señor Duran ha resuelto bien en no copiar del Romancero de Sepúlveda, sino aquellas composiciones que llenan huecos y vacíos descuidados por otros compiladores. Los romances de Sepúlveda tienen aun mayor desaliño que los de otras colecciones, sin redimir por eso tal falta con algun dote de riqueza ó ingenio. Recordamos al señor Duran, puesto que no los hemos encontrado en esta parte primera, que no olvide en el tomo que habrá de ver la luz el romance del Rey moro que perdió á Valencia, que principia: *Hélo, helo por do viene, el moro por la calzada*, ni menos aquel que hace juego con los Infantes de Lara, y que dice: *¡Oh qué buen caballero, fue don Rodrigo de Lara!* Las continuas citas que de aquel hacen nuestros poetas posteriores, y el sentimiento que reina en el segundo les hacen merecedores de ser más conocidos del público.

El discurso preliminar, que abre la marcha al Romancero citado, es un opúsculo tan precioso, para nuestro entender, que ninguno puede dispensarse de estudiarle detenidamente, si es que desea bosquejarse en su mente

un cuadro histórico y filosófico de la formación de nuestro idioma, tomando al propio punto el norte mas seguro para sulcar sin perderse el mar inmenso de libros, que son precisos para la ilustración de estas cuestiones filológicas. En este discurso se encuentra el elixir (si se nos permite tal palabra) de todo cuanto se ha escrito sobre la derivación del *romance*, de la lengua *oui* del *provenzal* ó lengua *oc*, y del enlace comun que cruza á las unas con las otras. La lectura de los libros de caballerías y el conocimiento que muestra tener el señor Duran en la antigua literatura italiana dan un sabor y novedad á su opúsculo que merecieran mucho encarecimiento, si no encontrásemos todavía un mérito mas alto en su discurso. El es, que siendo lema del opúsculo, la conjetura de que los primitivos ensayos de la poesía vulgar castellana debieron ser los romances, no encontramos en todo el tejido del raciocinio proposición alguna que huelgue, ni menos tópicos trillados y fastidiosos. Esto prueba originalidad en el modo de ver, y mucha firmeza en las altas funciones del entendimiento. Quien quiera convencerse de tal asercion descomponga un período, saque una sentencia del discurso y verá que ordenada allí en su filiación ideológica contribuye con su verdad relativa al triunfo del tema propuesto por el autor, pudiendo despues tal proposición ó sentencia ser objeto de otra investigación de tanta ó mayor curiosidad é interés. El señor Duran, firme en su escepticismo cartesiano, da solo como por conjeturas suyas lo que otros con mas pretensiones y menos instrucción hubieran pregonado por verdades de á folio: por fortuna en estos estudios son menos necesarias las oraciones que presuman convencer, que los raciocinios filosóficos que hagan pensar y promover la investigación. Para satisfacer los deseos de no pocos aficionados á las bellezas del habla castellana quisiéramos que el señor Duran en el último volumen añadiese un pequeño glosario de los arcaísmos que contiene su colección, no solo de las palabras aisladas, sino de ciertas frases ó giros de molde que vienen á compas y á tiempos dados en la mayor parte de los romances. Como en ninguno de los diccionarios españoles que conocemos estan recogidos todos los arcaísmos, es casi necesario que el señor Duran se tome tal trabajo para que los lectores encuentren un placer completo en los viejos romances que ahora se publican. Nosotros concluiremos este pequeño artículo rogándole al señor Duran que no limite sus tareas á la publicación del *Romancero*, sino que poseyendo tan rica colección, formada con tanto esmero, ahinco y desembolsos, la haga fructífera para nuestro país, haciendo mas familiares en esta época estéril y bastarda las producciones lozanas é indígenas de nuestra literatura.

Si como hemos llegado á entender, uno de los pocos depositarios que le quedan al habla castellana, dá á luz otro romancero y cancionero compuesto de tanta preciosidad inédita y de tanto poeta como hay desconocido en nuestro Parnaso, tendrán un dia de placer todos los aficionados á nuestra literatura ya españoles ya extranjeros. Nosotros que hemos visto alguna muestra de tanto tesoro, y que damos el debido aprecio al mérito y celo infatigable de este literato, vaticinamos á su obra el éxito mas feliz. Por grande que sea, no hay elogio alguno que valga los romances al *Rey don Pedro* que hemos alcanzado á ver de este *Romancero*, asi como tampoco se le pue-

de encarecer bastante por contener las poesías de arte menor del Píndaro español Francisco de Herrera, que hasta ahora han andado perdidas. Se nos hace tarde el poseer por la imprenta tanta riqueza de valor peregrino, pues tales felices coyunturas suelen desgraciarse con la menor dilacion. = *El Solitario*.

— **EL AMOR DISIMULADO Y EL DECLARADO POR CIFRAS.**

Novela original, compuesta por D. A. G. V. E. Madrid, imprenta de la viuda de Villalpando. Se vende en la librería de Angel á 6 rs. en rústica; es un tomito en octavo.

El que se dice autor de esta novela hace dedicatoria de ella á las *insignes y apreciables* monedas, manifestando de tal modo la falta que de ellas tiene, ó la mucha devocion que les profesa: nada tiene de extraño el que hoy se dedique una obra al *dinero* cuando el siglo le tiene entregado al tal sugeto el cuerpo y el alma, como en antaño se decia del que firmaba pactos con el diablo. El asunto de esta novela son los amores de un caballero galan, noble y rico, con una señora casada que se llama doña Irene, á quien despues deja casándose con otra dama. Las cautelas de que se vale don Lucrecio para conseguir á doña Irene sin picar los celos del marido, vindican el primer título del *Amor disimulado*, y las trazas y rebozos con que manifiesta su amor á la dama con quien casa despues, y que guardaba el padre para mistificarla en monja recoleta, dan pie para el segundo lema del *declarado por cifras*. Don Lucrecio quedando viudo, y muriéndose el marido de doña Irene, no por pesadumbres, sino de un tabardillo pintado, cual dice la historia, concluye ésta por el feliz consorcio de tan fiel esposa con este amante acomodaticio. El coloquio que media, ella proponiendo los escrúpulos de que su fragilidad pasada inquiete tanto al novel esposo, cuanto agradó al pasado amante, es muy edificante, y la respuesta que para tranquilidad de la tal señora da el caballero encabestrado, se debe aprender de memoria por todo pecador que se encuentre en igual caso. Nosotros, á no ser por el mote de original que se encuentra en la portada, tendríamos por del siglo XVII á esta novela, y por una de tantas como se escribieron sin la letra *a*, ó sin la letra *e*: pero nosotros tenemos demasiada versal en la buena versal de los autores para dar mayor asenso á sus palabras que no al corte, estilo y demas cualidades características de una obra por mas significativas que sean. El tono de esta novela no amaga á la frasis ultramontana, lo cual para nosotros es un mérito, sino que mas bien peca en aquel desmayo, en aquel descolorido y en aquella tribialidad que dominó al par del culteranismo y de la bambolla tronante en cuantos autores escribian en España mientras que el P. Froilan exorcizaba á Carlos II. Esta tribialidad no estorba para que se encuentren muy amano, no solo pasages oscuros sino enrebesados totalmente, para las mas sagaces entendederas. Sirva por todos el ejemplo siguiente: "*Advierte que la rosa* (habla de una cifra), que debia ser *blanca con el significado de candor*, se hallaba *siempre viva*, que habia de ser *morada con el de constancia*, colocada en la parte de la columna donde decia amor." Sin embargo de esto y en fieldad de justicia debemos decir que mas nos agradan los dos otros ovillejos, no faltos de ingenio y discrecion que se encuentran en esta novela, que tantos otros disparates luengos de tres ó cuatro volúmenes como se publican todos los dias.

Los precios de los principales frutos en las provincias que á continuación se expresan, desde el 1.º al 8 del presente mes han sido los siguientes.

FRUTOS.

PROVINCIAS.	FANEGA CASTELLANA.					ARROBA CASTELLANA.				LIBRA CASTELLANA.			Jornal del campo.				
	Trigo.	Centeno.	Cebada.	Maiz.	Judías.	Garbanzos.	Arroz.	Aceite.	Vino comun.	Aguardiente.	Vaca.	Carnero.		Tocino.			
Alava.	52		22	28	30	81	27	58	16	37	1		1	16	5		
Aragon.	53	37	20	27	44	64	26	51	6	23	1	2	2	4	4		
Asturias.	35	19	22	21	25	65	35	49	25	63		26	28	1	26	4	
Avila.	50	35	18		53	55		53	14	48		32	1	2	2	22	4
Burgos.	45	30	17		43	76	34	57	7	30	1	4	1	16	1	16	4
Cataluña.	46	34	21	29	43	47	25	47	7	25	2	2	16	3	16	5	5
Córdoba.	37	25	14	23	61	83	25	36	19	55	1	4	1	4	2	14	3
Cuenca.	47	29	28	23	57	97	22	49	5	19		1	10	3		5	5
Galicia.	34	24	20	25		127	25	49	19	60	1		1	1	16	3	3
Granada.	44	29	17	29	49	79	24	47	13	40		26	1	10	2	30	4
Guadalajara.	47	33	20		50	83	29	49	9	46	1	22	1	10	2	20	4
Guipúzcoa.	56		28	26	29	96		65	18		1			2		6	6
Ibiza.	64	20	20	36	70	85	25	40	13	40	2	2		3		4	4
Jaen.	42	19	13	24	46	62	21	35	6	34	1	12	1	10	2	10	3
Jerez de la Frontera.	43		18	34	50	87	23	47	26	61	1		1	7	3	2	7
Leon.	33	26	18		40	56	29	47	9	38		14		30	1	24	3
Madrid.	57	29	18		65	86	25	39	13	48	1	30	1	6	2	20	6
Mallorca.	47		20	40	28			29	6	25	2	2	1	24	3		5
Menorca.	59				48	54	17	44	11	33	1		1				4
Navarra.	59	40	23	36	42	58		55	4	11	2		2	16	1	16	5
Palencia.	37	27	14		37	67	30	50	5	20			1	6	2	4	4
Salamanca.	45	34	18		57	51	20	49	13	37		32	1		2	16	3
Santander.	44	16	24	26	31				15			26	1	8	2	16	5
Segovia.	43	29	18		27	49	27	47	12	42		32	1	2	1	22	4
Sevilla.	42		19	24	67	87	34	40	18	46	1	32	1	32	4	16	4
Toledo.	52	26	16		70	90	26	44	14	36	1	26	1	16	3		4
Valencia.	57	50	19	37	45	79	21	42	8	27	1		1	28	2	8	2
Valladolid.	39	26	15		45	55	27	55	10	20	1	8	1	8	2	10	5
Vizcaya.	54		23	30	28	80	30	67	17	40	1	2		2			4
Zamora.	40	26	17			56		54	11	17	1		1	2	2		3

Los precios figurados á las provincias de Galicia, Menorca é Ibiza corresponden á la segunda semana de mayo: los de Mallorca á la tercera; y los de Córdoba, Granada, Jaen, Jerez de la Frontera, Salamanca, Segovia, y Valencia á la cuarta del mismo mayo.

Ofrecen los precios referidos los resultados siguientes (1).

TÉRMINOS DE PROPORCION.

FRUTOS.	MAXIMUM.	MEDIO.	MINIMUM.
Trigo.	Navarra. 59	Cataluña. 46	Leon. 33
Centeno.	Navarra. 40	Palencia. 27	Santander. 16
Cebada.	{ Cuenca. } { Guipúzcoa. } 28	Cataluña. 21	Palencia. 14
Maiz.	Navarra. 36	Alava. 28	Asturias. 21
Judías.	Sevilla. 67	Valladolid. 45	Asturias. 25
Garbanzos.	Cuenca. 97	Burgos. 76	Cataluña. 47
Arroz.	Asturias. 35	Leon. 29	Cuenca. 22
Aceite.	Vizcaya. 67	Avila. 53	Sevilla. 40
Vino comun.	Asturias. 25	{ Avila. } { Toledo. } 14	Navarra. 4
Aguardiente.	Asturias. 63	Alava. 37	Navarra. 11

Carnes.

Vaca.	{ Cataluña. } { Navarra. } 2	Guadalajara. 1 22	Asturias. 26
Carnero.	{ Cataluña. } { Navarra. } 2 16	{ Burgos. } { Toledo. } 1 16	Asturias. 28
Tocino.	Sevilla. 4 16	{ Cuenca. } { Toledo. } 3	{ Alava. } { Burgos. } { Navarra. } 1 16

JORNAL DEL CAMPO. { Guipúzcoa. } 6

{ Aragon }
{ Asturias. }
{ Avila. }
{ Burgos. }
{ Guadalajara. }
{ Palencia }
{ Sevilla }
{ Toledo. } 4

Valladolid. 2

(1) Están excluidas de estos resultados las provincias, cuyos precios no corresponden á la semana del Estado.